

Plan Lazo: cara estratégica del Ejército Nacional de Colombia, 1962-1964

3

DOI: <https://doi.org/10.21830/9786289640229.03>

Luis Fernando Marín García

Escuela Militar de Cadetes “General José María Córdova”

Erika Constanza Figueroa Pedreros

Escuela Militar de Cadetes “General José María Córdova”

Resumen. Este capítulo describe el origen, evolución y declive del Plan Lazo durante el bienio 1962-1964, priorizando los contornos de su previsión conceptual, tanto en EE. UU. de América como en Colombia. Se examina, por lo tanto, el rol de los militares de ambas repúblicas al delinear e implementar dicha iniciativa, señalando que ella atendió a comunidades vulnerables y apartadas de las áreas de conflicto armado interno, que transitaba de la violencia sectaria bipartidista —y del bandidaje— al estadio de subversión armada marxista. En consecuencia, se ahonda en los móviles y características de las acciones cívico-militares (ACM), como instrumento orientado a pacificar el país y acercar a las Fuerzas Armadas con la población, en el contexto de la confrontación armada interna y la Guerra Fría.

Palabras clave: acción cívico militar; historia militar; Plan Lazo; impactos militares; conflicto armado

Luis Fernando Marín García

Magíster en Historia Militar, ESMIC, Colombia. Especialista en Seguridad y Defensa Nacional, ESDEG, Colombia. Especialista en Cultura de Paz, Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, PUJ, Cali. Especialista en Administración de la Seguridad Integral y Estratégica, UMNG, Colombia. Especialista en Administración de Recursos Militares, Escuela de Armas y Servicios. Profesional en Ciencias Militares, ESMIC.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4439-0285> - Contacto: luis.marin@esmic.edu.co

Erika Constanza Figueroa Pedreros

Doctoranda en Historia, Universidad Torcuato Di Tella, Argentina. Máster en Historia de las Independencias de Hispanoamérica, Universidad Jaume I. Magíster en Historia Militar, ESMIC. Especialista en Docencia Universitaria, CEMIL. Especialista en Sociología de lo Militar, ESMIC. Posgrado en Gestión y Conservación del Patrimonio Documental, Universidad Internacional de Andalucía. Historiadora, Universidad Industrial de Santander, Colombia.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6241-344X> – Contacto: erika.figueroa@esmic.edu.co

Citación APA: Marín García, L. F., & Figueroa Pedreros, E. C. (2024). Plan Lazo: cara estratégica del Ejército Nacional de Colombia, 1962-1964. En L. D. Naranjo Colorado & A. Yate Arévalo (Eds.), *Impactos del Ejército Nacional de Colombia. Estrategias sociales, políticas y militares* (pp. 57-81). Sello Editorial ESMIC.
<https://doi.org/10.21830/9786289640229.03>

Impactos del Ejército Nacional de Colombia. Estrategias sociales, políticas y militares

ISBN impreso: 978-628-96402-1-2

ISBN digital: 978-628-96402-2-9

DOI: <https://doi.org/10.21830/9786289640229>

Colección Ciencias Militares

Serie Respite Militia: Investigación formativa

Sello Editorial Escuela Militar de Cadetes “General José María Córdova”

Bogotá, D.C., Colombia

2024



Introducción

El Plan Lazo (*Latin América Security Operation*, en inglés), transcrito con la ortografía Lazo, es un hito fundacional de las Fuerzas Armadas (FF. AA.) de Colombia, en especial del Ejército Nacional, pues significó un impulso que implantó unos lineamientos duraderos y coherentes de índole estratégica y operacional, por medio de la realización sistemática de la asistencia cívico-militar a lo ancho del territorio colombiano, de cara a la mitigación de la violencia sectaria bipartidista, en particular, con la búsqueda de la extirpación del bandidaje rural y las precauciones adelantadas con la disuasión selectiva y localizada contra los focos de autodefensa que se radicalizaban, convirtiéndose en reductos insurgentes de izquierda en zonas de colonización (Bushnell, 1994, p. 308).

El bienio analizado se torna en la bisagra que constata el tránsito de la atenuación de la fase de La Violencia con la implementación del Plan Lazo, un norte estratégico que adecuó la institución armada a los requerimientos del Frente Nacional, de la Alianza para el Progreso (ApP) y a la reacción para aplacar y desvertebrar a las *repúblicas independientes* (RR. II.), ubicadas en la frontera agrícola donde se unen el Alto Magdalena con los bosques húmedos tropicales y de montaña de los departamentos de Tolima, Huila, Meta y Caquetá. A juicio de Alberto Ruiz Novoa, sucesivamente comandante en jefe del Ejército, de las FF. AA. y ministro de Defensa en aquel entonces, el bandolerismo y los gérmenes sediciosos, asimilados como “incursiones comunistas internacionales”, desestabilizaban el *statu quo* y amenazaban a la civilización occidental y cristiana en Colombia (Ruiz, 2015, p.4).

Los anteriores sucesos, *grosso modo*, se constituyen en premisas que sostienen el interrogante de este texto: ¿Cuáles fueron los contenidos y alcances del Plan Lazo durante el bienio 1962-64 —y una vez perfilados estos aspectos—, ellos esclarecerían el trazado de un viaje estratégico en el Ejército Nacional de Colombia? Dicha pregunta es crucial y se atiene al discernimiento de los múltiples vasos comunicantes entre la situación global geopolítica de su tiempo, en asocio con el itinerario del Estado colombiano que salía de lapsos dramáticos como los mandatos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla, los cuales se empalmaron con las

componentes del bipartidismo tradicional traducidas en la coalición frente-nacionalista. De hecho, el despegue del Plan Laso coincide con el inicio del segundo cuatrienio de este arreglo, presidido en su segundo periodo por Guillermo León Valencia.

Valga glosar una anécdota que es dicente de las controversias ideológicas que circundan la evaluación de este fenómeno histórico, ya que la historiografía castrense, progubernamental, o complaciente con el régimen político tradicional colombiano, prefiere emplear la acepción “Plan Lazo”; en efecto, ese sustantivo concatena las actividades intrainstitucionales de las FF. AA., enlazadas con otras agencias oficiales para promover las acciones cívico-militares (ACM), junto con otros vehículos de la Alianza para el Progreso. A diferencia de ese enfoque, los autores heterodoxos acentuaban la denominación Plan Laso, para reflejar el acrónimo anglicista, subrayando su índole foránea (Álvaro, 2011, p. 22).

Perspectiva conceptual del Plan Lazo

El general William Yarborough, cuyo apellido denomina la misión militar estadounidense que asesoró a la saliente administración de Alberto Lleras y a la cúpula castrense colombiana, redactó un informe exhaustivo que diseccionó las falencias de las FF. AA., tales como la dispersión de esfuerzos y recursos, las flaquezas en las redes e instalaciones comunicacionales, de transporte, logística y materiales, por una exagerada predilección por las guarniciones fijas y por enfrascar a los militares en rutinas de escritorio. A juicio de ese especialista, las FF. AA. cedieron la iniciativa a los insurgentes y bandoleros, puesto que aquellas deficiencias torpedearon la respuesta de las autoridades (Rempe, 2002, p. 132.; Urueña & Deimer, 2020, p. 47). Para subsanar dichos rezagos, la Misión Yarborough dictaminó la perentoriedad de una ayuda comprehensiva de los Equipos de Entrenamiento Militar (*Military Training Teams*, en inglés, con sigla MTT); así, los MTT eran los destacamentos que primaron, arribando en 1961 y permaneciendo un decenio en Colombia (Castro, 2016, pp. 61-62). Entretanto, la oficialidad colombiana era la más partícipe de la formación en EE. UU., con 4629 matriculados hasta finales de los años 1960 (Rueda, 2000, p. 78; Urueña & Deimer, 2020, p. 46).

La piedra angular del Plan Lazo era la compaginación de su instrumento más vistoso, las ACM., cuyo propósito era congeniar con la población civil rural para posicionar el apoyo político, sentimental, moral y organizativo de estos habitantes hacia las FF. AA., inclusive con la factibilidad de enlistar mesnadas de vigilancia que auxiliaran a la operatividad militar. Puntualmente, el Plan Lazo sumaba la perspectiva de inscribir ciudadanos para que trabajaran como informantes, estafetas ocasionales o simples colaboradores de las acciones bélicas antsubversivas (Vargas, 2006; Karakalpakis, 2014, pp. 33-34).

El reporte de Yarborough examinó la eficacia previa de las operaciones antiguerrilleras, en la mitad de las ocho brigadas entonces existentes en el país, enjuiciando con dureza los déficits en funcionamiento, planificación y congruencia de las labores castrenses sobre el terreno, dados su tiempo, movilidad y guerra psicológica (Vega, 2014, p. 32). A continuación, se especifica la actuación venidera que cristalizaría la liquidación de las repúblicas independientes constituidas por labriegos huidos, radicalizados, armados y con ideas filocomunistas, aunque las ACM se diseñaban para flanquear a estos reductos, a cercana, mediana o remota distancia, puesto que su objetivo era “ganar el corazón y la mente” de los pobladores, gracias a la realización de jornadas médicas, odontológicas, reparaciones viales o locativas, montaje de aulas, docencia alfabetizadora, de maneras muy concomitantes con los programas de la ApP, en favor de intensificar el desarrollismo inherente a esta política hemisférica instaurada por las administraciones Kennedy y Johnson (Cfr. *Ibidem*). Inclusive existió un convenio entre las FF. AA. y el SENA, para que impartiera formación a las tropas y a sus familiares (Mallof, 1985, p.85; Castro, 2016, p. 65):

Al tenor de esa estrategia integral se acrecientan las brigadas, para que ellas abarquen circunscripciones mejor delimitadas, mientras se conformaba el Comité Nacional de Acción Cívica Militar, dependencia que dirigiría y monitorearía ese frente en particular, en julio de 1963. Tal despacho se amoldaba a los lineamientos del documento de Yarborough intitulado Plan de Defensa Interno de Colombia, mostrado al presidente Valencia, quien reafirmó el compromiso tanto formal como factual del Estado colombiano para ceñirse a esos derroteros contrainsurgentes, a tono con la Alianza para el Progreso,

propulsando cooperación civil y económica (Cfr. *Ibid.*: p. 33) Su énfasis paralelo centraba los convenios mutuos encuadrados en los Programas de Asistencia Militar (sigla en inglés MAP: *Military Aid Programs*), con la intención de forjar las ACM. (Anales del Congreso, 1962; Leal, 2006; González, 2015, p. 4)

Al instante se materializaron las proposiciones de Yarborough, creándose cinco contingentes especiales de pacificación, reforzados con el DAS, la Policía, adicionados a la formación de escuadras localizadoras como Para-Estatales, cuyo aleccionamiento sería confidencial (Hylton, 2010, pp. 104-110; Ureña & Demer, 2020, p. 47) según decía el Suplemento Secreto de aquel informe. Administrativamente, la conducción recayó en el Departamento N.º 6 (D6) estatuido por la Resolución Ministerial 2427 del Ministerio de Guerra (Rueda, 2000, p. 283), para que comandaran y supervisarán las ACM.

La formación del Plan Lazo cumplía con la coerción de la sedición comunista, para “amparar la vida, honra y bienes de los residentes en Colombia, reprimir a los antisociales y mantener el orden interno”, según el Decreto 505 (República de Colombia, Ministerio de Gobierno, 1940; Ardila et al., 2022, p. 20), porque la tarea constitucional de salvaguardar las fronteras exteriores mudaba en una estrategia concienzuda, de las FF. AA. contra la colonización armada en regiones recónditas que colindaban con baldíos boscosos o selváticos; de esa manera, la Guerra Fría irrumpía con furor sobre la periferia territorial patria, en la clave conjunta de los intereses de la Alianza para el Progreso y la Doctrina de la Seguridad Nacional (Leal, 2002.).

En consecuencia, las ACM encarnaron desde esa época unos operativos no coactivos, sino persuasivos que promovían un *modus vivendi* paternalista rural, asistencialista y estratificado a la práctica premoderna, con las dádivas de penetración estatal uniformada que arribaban a coordinadas campesinas en las que estas acciones se unían con las incursiones contrasubversivas (Rueda, 2000; González, 2015, p. 5). Así concordaban Le Bret (1958) con el General Ruiz Novoa, quienes sostenían que las FF. AA. acrecentarían su credibilidad, eficacia y solidez conforme se comprometieran proactiva, no reactivamente, con una participación notoria en programas de desarrollo de obras y servicios públicos asociados a sus labores constitucionales como

institución armada estatal; a su vez, el General explicaba que las ACM coadyuvarían a que las FF. AA. se involucraran en conjurar las disfuncionalidades estructurales de la economía colombiana, sin renunciar a la batuta de las cúpulas políticas, castrenses y empresariales en el Estado (Ruiz, 1965).

La normalización del orden interior reposaba sobre la convergencia de propósitos de las altas esferas castrenses con sus homólogas políticas, cuya herramienta eran las ACM, concepto con el que congeniaron Ruiz y Valencia, para implantar esta gestación de una política de Estado que garantizara la seguridad interna, la reconciliación social, las mejoras en la infraestructura y la educación, gracias al Plan Lazo (Mantilla & Yusty, 2012, pp. 21-22). Por ende, este proyecto redundó en un hito de cultura estratégica inculcada por el Ejército y las FF. AA. a sí mismas o provenientes de otros influjos teóricos operacionales e institucionales, marcados por una elección inequívoca de posturas geopolíticas involucradas por la supremacía continental de EE. UU. y de la coalición liberal-conservadora reinante en Colombia, bajo la tutela del Frente Nacional, esto acorde con la síntesis bosquejada por Valencia Tovar (2000, p. 20).

La cartografía del Plan Lazo lo situaba en la intersección táctica de un mapa más amplio que aparejaba en el plano de las ACM a los eventos locales, o inclusive, con una focalización más acentuada en subsecciones como las veredas, caseríos y provincias, adonde se trasladaba el pie de fuerza para cumplir con los operativos, trátese de ataque o patrullajes, para contrarrestar las intrusiones sediciosas, o alternativamente, del arribo de los actos asistencialistas con las comunidades, con el concurso de alcaldías, gobernaciones, juntas comunales, hacendados, finqueros, etc.

Dentro de ese mapa venía un trabajo nacional donde primaban las autoridades gubernativas con las que se confluía para trazar políticas conexas con las piezas disuasiva y benefactora del Plan Lazo; preceptos que se alimentaban internamente dentro de los estamentos, por medio del aprendizaje, de la concepción y aplicación de las tareas del Plan Lazo, para canalizar esa interiorización en un fundamento doctrinal de las FF. AA.

El tercer peldaño, de carácter bilateral con el Pentágono y más instancias de Washington, en cuanto cerebros que patrocinaban la contrainsur-

gencia, propaganda y desarrollismo paternalista, encajaba con las pautas anticomunistas, pronorteamericanas y modernizadoras de la defensa hemisférica, la contención de enemigos internos e internacionales aglutinados en torno a Moscú, como artefactos de la Guerra Fría “para el tratamiento de la violencia supérstite”; cómo se ve, aun cuando se denota el dinamismo de las FF. AA. en la realización del Plan Lazo, se colige que cuanto más se decantaba su conceptualización pura, ella emergía desde arriba para su cumplimiento *in situ*, con arreglo a una proyección a ráfagas de la presencia estatal, aunque con mayor asiduidad de las FF. AA. (Álvaro, 2011, pp. 23-24).

El Plan Lazo se reforzó con la determinación de que se adecuara el artículo 121 de la Constitución de 1886 que contemplaba el estado de sitio, que confería potestades extraordinarias para enderezar un orden público turbado, en procura de acrecentar la prominencia decisoria de las autoridades castrenses sobre temas administrativos y judiciales, en comienzo en cinco departamentos; es decir, el croquis de esta figura legal solía coincidir con los teatros de las ACM y ofensivas del Plan Lazo, para impedir que su implantación no se empañase por liderazgos regionales cooptados por la subversión o el bandidaje (Gallón, 1979; González, 2015, p. 6).

Las FF. AA. se tornaban en vectores de modernización de la infraestructura, la refrendación o despunte de la presencia territorial de las tropas, en cuanto garantes de la estabilidad estatal, habilitadas para acudir a la disuasión, coaligada con otros organismos gubernamentales para plantar una agenda desarrollista adscrita a Washington. Esta salvaguardia del orden público, participación en educación, regimentación de la sociedad civil, expansión de cobertura y atención en salud y renglones terciarios goza de la connotación de prevenir y aplastar conatos de terrorismo o sublevación filocomunista. (Saxe-Fernández, 1963, p. 56; Nieto, 2004a, p. 14).

Conjuntamente, en el seno de la grandilocuencia envuelta en resguardar el orden constitucional colombiano, sale a relucir que se persuade el liderazgo natural de las altas esferas militares, de suyo muy calificadas e incondicionales ante los retos que el pacto de Seguridad Mutua de los Estados Americanos previó, en consonancia con esa plataforma desarrollista, que mantuvo la personalidad estamental que la sociedad colombiana exhibía;

o sea el Frente Nacional y el ordenamiento socioeconómico satisfacían a las cúspides más pudientes. Es decir, las jefaturas castrenses, en asocio con los regentes del Frente liberal-conservador, la Curia, el empresariado más venturoso y los grandes propietarios de tierras, encabezaron la multiplicidad de proyectos defensivos, económicos, culturales y políticos gravitantes alrededor de la permanencia y mantenimiento del *statu quo* involucrado en pertenecer al mundo libre (Lebret, 1958, p. 220).

Con todo, las modificaciones institucionales que el Plan Lazo encajó como giro procedimental y estratégico del EJC durante la primera mitad de los años 1960 no radican en un acaparamiento de las prerrogativas y prebendas que recaen en los grupos de interés del Estado colombiano, sino en una repartición vigilada de dividendos del asistencialismo, fraguados en una provisión incrementada de bienes públicos disfrutables por las comunidades más apartadas, o más vulnerables a los cantos de sirena de la subversión, en adición a un robustecimiento de la representatividad política y administrativa en aquellos territorios.

Estos factores que aportan réditos socioeconómicos, infraestructurales y culturales a sus receptores en los extramuros del territorio patrio, de ordinario más humildes, procuraban que esta ayuda, “su visibilidad y su utilidad” no se dispensaran hacia unos pobladores que se portaban como recipientes pasivos, sino que participaban de estas gestiones y distribuciones con voz y colaboración en las labores de preparación, realización y deberes posteriores de estos actos del Ejército Nacional de Colombia (Bohnke & Zürcher, 2013; Matamoros, 2021, pp. 7-8), bajo la premisa de que “una contrainsurgencia exitosa es el trabajo social armado” (Hazelton, 2017, p. 84).

El reporte de Yarborough, patrocinado por el Centro de Guerra Especial del Ejército de EE. UU., nombrado como *Visit to Colombia, South America, by a Team of special Warfare Center, February 26, 1962*, fue el segundo de una serie de tres documentos que comprendieron las profundidades de la consultoría norteamericana al Frente Nacional, en tanto los otros se acuñaron por misiones diferentes. El primero de estos paneles, que trabajó en Colombia en el último trimestre de 1959 y el primero de 1960, diligenció el Informe del Equipo de Estudios Colombianos (*Report of the Colombian*

Survey Team [CST]) realizado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), bajo la dirección del Departamento de Estado. Este texto examinó el fenómeno de La Violencia, aconsejando el hundimiento del bandidaje, guerrillas y autodefensas campesinas radicalizadas, en cuanto su galvanización fue inducida por la Revolución cubana. Su contenido se desglosó en tres capítulos: diagnóstico (confidencial), recomendaciones al Gobierno colombiano y prescripciones a la administración estadounidense (abril de 1960).

Se constató que las FF. AA. fueron agobiadas por esa perturbación, máxime que el campesinado estaba desanimado, escéptico y renuente al acontecer gubernamental, erosionando el dominio de la ley. Debido a esas interpretaciones, se indaga el origen de las políticas coludidas de Washington y Bogotá para pacificar el país y emprender la modernización rural, en el seno de una línea de confrontación contra los flagelos de la inseguridad y del subdesarrollo (Vélez, 2020, pp. 108-109).

El tercer grupo vino por acuerdos puntuales de la ApP con el propósito de reestructurar el organigrama, funcionamiento, manejo de Recursos Humanos de este ente, de cara a la vigilancia atribuible al Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), por lo que se bosquejó su modificación en el documento titulado como aquel organismo, o en inglés conocido internamente como *Briefing Memorandum for the Administrator Police Assistance for Colombia; November 8, 1962 Meeting*, en razón de que esta agencia apoyaría la lucha contrainsurgente desde la investigación criminal, análoga a una policía secreta (Vélez, 2020, pp. 110-111).

La articulación de las ACM del Plan Lazo con las indicaciones técnicas y políticas que EE. UU. proporcionó, la omnipresencia del peligro comunista, tanto en el proselitismo legal como en la actividad soterrada de los alzados en armas, como sección del expansionismo soviético mundial (Report of the CST, II, Appendix II, 1960). Estas generalidades se enriquecían con la reforma institucional del estamento castrense, el más elogiado y fiable para acometer la restauración del orden mediante la intervención combativa, las ACM, la guerra psicológica y su compenetración con las decisiones de Estado. Por ello se replantea rehacer la Fuerza de la Marina y la Fuerza Aérea, robustecer al Ejército, infundir el imperio de la ley y multiplicar la operatividad antigue-

rrillera, lo que merecía profundizar el afecto de los civiles y los uniformados, con base en las ACM.

Matamoros (2021) subraya una explicación de la inserción de las ACM en los menesteres de las FF. AA. durante el primer bienio del mandato Valencia. La piedra de toque de esta visión estratégica es que las FF. AA. conquisten la aprobación de los habitantes para legitimar al aparato castrense, al resto del Estado y a la constelación de valores y estratificaciones implícitas en ese ordenamiento, según arguye Egnell (2010), quien discierne tres tratamientos de las ACM:

1. El hecho humanitario o de mejora infraestructural por sí solo, a cargo de uniformados, que subordinan este evento a finalidades militares. Es decir, las ACM aquí son un suceso táctico.
2. El posicionamiento de una nueva idiosincrasia en los cuerpos armados del Estado que saque a las unidades de sus barracas para contactarse con los diversos lugareños. Entremezclando las ACM con los patrullajes, con el Ejército y las FF. MM. se adueñan de los territorios en nombre del Estado legítimamente instituido (Egnell, 2010, p. 9).
3. El tercer ángulo de las ACM se atribuye a la ganancia de información y ligazones entre militares y civiles, con la meta de que la operatividad bélica sea expedita y colmada de entusiasmo o neutralidad de los habitantes, de modo continuo, con empleo recurrente de medios de comunicación, para asentar un relato afín con el reconocimiento poblacional hacia el Estado y sus detentadores, para ejecutar la acción puntual, difundirla e integrarla con una narrativa y con campañas de combate, disuasión o conminación efectuadas por los militares para ahuyentar a los grupos violentos, delictivos o conspirativos (Egnell, 2010, p. 291).

Las anteriores tres categorías que concluyó Matamoros (2021) se empalman con el norte analítico de Yarborough, articulando los preceptos que el Documento CST esbozó las ACM aunadas a la mano dura en interrogatorios, tácticas psicológicas, creación de mesnadas colaboradoras de

las tropas, amén de la repotenciación material, doctrinal, financiera y estratégica de las FF. AA. para afrontar, conjurar y desterrar las amenazas de la subversión marxista, lo que conllevó una “militarización de los problemas de seguridad en Colombia” (Vélez, 2020, pp. 115-117); el énfasis residió en un seguimiento cabal castrense de la disociación sociopolítica, con miras a desmantelarla.

A la par de lo anterior, los informes de 1960 y de Yarborough aseguraban que el foco de las ACM gravitaba en las connotaciones de rehabilitación de las veredas para que la miseria, la marginalidad, el desgobierno y las carencias no aclimatarán el descontento, ni se constituyeran en pretexto propagandista para algunos insurgentes; dichos empeños demandaban fondos, personal calificado, derroteros nítidos, liderazgo diligente y perspicaz de los altos mandos castrenses y civiles (Vélez, 2020, pp. 16-17). A la oportunidad de estos esfuerzos y formularios, la batalla psicológica procedió como máquina del Plan Lazo, porque emprendió un programa obstinado de relaciones públicas que se valía de cualquier medio de prensa para avisar, ensalzar y congeniar con las actividades militares *in situ*, mientras que suprimieron bandidos e insurrectos. Se instigaban conductas como la delación, la negación del suministro de víveres, la desidia a colaborarles, etc. (Urueña & Dermer, 2020, p.48).

Método

Este documento propuso una elaboración ensayística sobre la temática indicada, acudiendo a una lectura prolija de la bibliografía secundaria seleccionada (un par de libros impresos y formatos electrónicos), artículos de revistas académicas indexadas, cuya especialización está aprobada por renombradas universidades colombianas, consagradas a indagar la historia y las características del trabajo castrense en el plano de sus vínculos con la planificación estatal desarrollista de los años 1960, gracias a un foco exploratorio que acrecienta la familiaridad con el asunto, para dar respuesta a la pregunta guía.

Así mismo, se trasciende esta órbita para abordar descriptivamente los acontecimientos, en relación con la marcha de las ACM, pues se apreciaron

las resoluciones institucionales de los actores castrenses binacionales, así como la labor implícita de algunos altos dignatarios y entidades civiles de Colombia y EE. UU. durante ese lapso. Con esa lógica se clarificarían la causalidad o correlaciones que había entre la adopción del Plan Lazo y su concreción en las ACM, al compás de sus propios objetivos de sofocar, precaver y diluir las violencias de bandidos e insurgente de su tiempo, aunque este escrito se fija más en las connotaciones procedimentales desarrolladas mediante estas iniciativas, sobre los territorios donde ocurrieron.

Resultados

Después de las investigaciones enunciadas, este acápite detalla y calcula las repercusiones sucedidas con el Plan Lazo, que refrescó la óptica estratégica del estamento castrense, para apagar el ácido conflicto interior en los campos, ahogando los síntomas que posibilitarían que algunas privaciones degeneraran en la subversión perpetrada por una minoría (Duffort, 2013; Ardila, 2022, p. 23). Por consiguiente, los pilares del Plan Lazo fueron:

- Aparejamiento del comando de las FF. AA. para adjudicarles deberes de orden público, con sinergias con el resto del Estado colombiano.
- Extensión del número, movilidad, ámbito geográfico, soldados y destrezas tácticas que acometerían misiones contra guerrilleras, para proseguir aniquilando al bandidaje.
- Aprender las normas de las campañas psicológicas. Valga recalcar que este tipo de contienda se considera “una forma humana para atacar y vencer a un enemigo, o defenderse de él, por lo que ella es un elemento cardinal del arte de la guerra, que acude a medios conductuales o emocionales como la sorpresa, el ardid, la persuasión, y como consecuencia final, el temor, el pánico o la inacción, conducentes a la claudicación del contrincante (Comando FF. MM., 1973; Bermúdez, 1982, p. 133).
- Aplicar ACM comprensivas que aporten al bienestar económico, de forma axial en los epicentros azotados por la actividad sediciosa, o aquellas áreas donde se notan las penurias (Briscoe, 2006).

Sucesos como el Plan Lazo y La Violencia bipartidista obligaron a un incremento castrense de múltiples aristas: numérica, presupuestaria o fáctica —en cantidad de acciones encomendadas—, adicional al énfasis de los uniformados a gobernar monopólicamente, lo que explica la ausencia de golpes de Estado; esas características ilustran por qué y cómo se encubrieron los militares con los mandatarios civiles del Frente Nacional, en aras de adelantar el Plan Lazo, el cual redundó en cierta confabulación de militares y de altos dignatarios colombianos —y estadounidenses—, con el involucramiento de esos dos socios, en cuanto contrincantes de la Guerra Fría opuestos al comunismo, virtualmente internacionalizada (Cohen, 2002; Andrade, 2012, p. 146).

Efectivamente, las ACM del Plan Lazo y su espejo en contraofensivas directas suscitaron éxito cuantitativo, pues las cuadrillas retrocedieron, apenas sobreviviendo 34 grupos de esa naturaleza en 1965 (Rueda, 2000, p. 265), si bien los apolíticos desaparecieron, mientras que pervivían los que observaban cierta motivación ideológica. Para este enfrentamiento, las FF. AA. formaron un trípode de batalla psicológica-propagandista, contrainsurgencia bélica y ACM propiamente dichas. A continuación, se brindarán algunos datos descriptivos sobre los alcances de estas últimas.

Organizacionalmente, las ACM se implementaron como un programa del Ministerio de Guerra obteniendo una conexidad funcional posterior con sus homólogos de agricultura, Educación, Obras Públicas (MOP), partícipes ministeriales del Comité Nacional de Acción Cívica Militar, dedicado a trasladar las partidas fiscales o implementos en personal o en especie requeridos para ejecutar ACM puntuales, disgregadas según la rama especializada de las FF. AA. que las realizaran; los equipamientos nuevos fueron sustanciales, ya que la Fuerza Aérea Colombiana creó el Servicio de Aeronavegación a los Territorios Nacionales (SATENA), que se benefició de la consecución de cinco aeronaves provistas por la Agencia Internacional de Desarrollo de EE. UU. (USAID), a la vez que la Armada dispuso de lanchas fluviales aptas para mover brigadas médicas por la Orinoquia, los litorales Pacífico y Caribe y estribaciones andinas (Malott, 1985; Ramsey, 1981).

Dicho reforzamiento provenía de la conjunción de resoluciones y discursos entre las élites del Frente Nacional con sus similares castrenses,

como producto de la fusión relativa de dos enfoques que abogan por la constatación histórica de la abstinencia de los militares de ocupar las cimas de los poderes civiles —distintos a Guerra—, porque la profesionalización de los uniformados se compenetró con que los liderazgos políticos y militares congeniaron en conservar un *statu quo* alinderado con “la civilización cristiana y occidental” (capitalista y pro norteamericana también), aparte de la división usual de las clases sociales en Colombia, por lo que el entronque entre estamentos castrenses y burgueses o terratenientes era tan viable y fluido en su adopción, lo que propulsó la adhesión a la Doctrina de Seguridad Nacional y su materialización en las ACM (Andrade, 2012, p. 148).

Habida cuenta de la aceptación del Plan Lazo y de sus manifestaciones más prácticas, se clarificó la autonomía de decisión y operación de las FF. AA., porque los militares, sobre todo los de rangos superiores, a menudo más conectados con los asesores norteamericanos, determinaron las coordenadas geográficas y temporales de las ACM y de los combates, eligiendo cuál modalidad elegirían como la más idónea. Así, los uniformados se alejaron de los movimientos bipartidistas, para enfrascarse en la conducción de esas tareas que les asignaban, mientras diversificaban sus actividades al asistencialismo, el arbitraje judicial local y demás colaterales de lo bélico que el plan preveía (Leal, 1994, p. 17); por ende, las fases de esta dinámica fueron las siguientes:

- Organización: junio de 1962, consistió en el adiestramiento doctrinario intensivo de las tareas designadas, familiarizando al personal con las lecciones de Filipinas, Malasia, países en los que hubo experiencias de triunfo de los bandos pronorteamericanos para someter revueltas comunistas en aquellos archipiélagos.
- Ejecución inicial: julio de 1962, cuando se entablaron operaciones sostenidas de persuasión, despliegue de espionaje e inteligencia militar en general, en complemento a revistas militares de los perímetros escogidos.
- Ofensiva: hasta fines de septiembre creció una acometida contra bandoleros comunes o politizados, profundizando en sus suministros y bloqueando sus rutas, mientras proseguían las acciones psicológicas, en despliegue de la localización.

- Destrucción: octubre de 1962, agudización de la agresión bélica castrense, acrecentando el potencial de fuego acompañada por ametrallamientos y desembarcos transportados por helicópteros, seguidas de escaramuzas de las infanterías propia y adversaria.
- Reconstrucción: Entre el 1.º de noviembre se presume la distensión de la fiscalización de los asentamientos campesinos colindantes a las batallas, suplidas por ACM, con la mezcla de incursiones combativas, propaganda y alivios desarrollistas regionales (Comando Ejército, 1962; Mantilla & Yusty, 2012, pp. 21-23).

En lo tocante a la ponderación de tareas subalternas inmersas en las ACM sale a relucir que el EJC desplazó las unidades (diferenciando lo asistencial de lo netamente combativo), ya que los Ingenieros acondicionaron las carreteras, según lo exigieron las necesidades y la movilidad de las Fuerzas; las intervenciones solían ejecutarse de forma encajonada, ya que traían consigo toda la gama de servicios *in situ*, denominándose coloquialmente como *días de campo*; se efectuaban revisiones odontológicas, médicas, vacunaciones, tratamientos ambulatorios, hospitalarios, repartos de semillas, instrumentos agrícolas u otras herramientas; esas labores subsanaban faltantes en sanidad o producción agropecuaria.

La construcción de planta física incorporó obras en colegios, escuelas, caminos, puentes durables, dispensarios, levantamiento de silos agrícolas, electrificaciones hacia el sur de las cordilleras Occidental, Central y Oriental, los Llanos y Caquetá; se adecuaron ductos, reservorios destinados a la irrigación, junto a la potabilización de aguas, y otras actividades, aunque al parecer no se contempló la arborización (Malott, 1985; Castro, 2016, p. 63).

La Comunicación se aseguró por medio de la radiofonía, levantando las redes de radio del territorio nacional con los radioaficionados particulares afectos con esta causa del Plan Lazo. Asimismo, se desplegaron emisoras comunitarias o estaciones como Radio Sutatenza; los contenidos de este sistema radial podían ser pregrabados o emplear enlaces en vivo durante los momentos de calma. En cambio, cuando las circunstancias se agravaban, se acopló la alerta temprana, preferentemente constituida en latifundios, fincas

de mediano tamaño, sedes de agroindustrias y algunas otras coordinadas municipales de importancia (Ardila, 2022, p. 25).

En consonancia con las comunicaciones, la infraestructural, cívico, sanitario, pedagógico o productivo previamente enunciados, el orden de cada día de campo —el inicio de la sesión nacía con el acantonamiento transitorio de las tropas, convocando a los lugareños para que comparecieran—. A continuación, se inauguraban los eventos, con alocuciones de oradores, reproducción de himnos, izada de bandera y misas. Los soldados custodiaban las partes de la jornada. Realizaban donaciones de víveres, peluquería, zapatería, servicios de salud y cursillos alfabetizadores.

Aunque algunas tropas permanecían, el grueso de las compañías se iba después de las ACM que les correspondían, cubiertas por periodistas simpatizantes del Plan Lazo, las FF. AA., el Frente Nacional bipartidista, el régimen de EE. UU. u otras tendencias y clases conspicuas del establecimiento imperante en Colombia. Dicha publicidad —tan pomposa como intensiva— copó medios de comunicación masivos y era dirigido por el Departamento E-5, presidido por el futuro general y ministro de Defensa, Fernando Landazábal Reyes; este despacho de ordinario se coordinaba con otros homólogos responsables contingentes del Plan Lazo (Rueda, 2003, p. 303; Urueña & Dermer, 2020, p. 48).

Discusión

El Plan Lazo alude al gesto de *enlazar instituciones*, o como señaló cáusticamente el MY Bermúdez, al hábito u objetivo metafórico de *lacear guerrilleros* para capturarlos, abatirlos o desbandarlos. Por lo tanto, esta iniciativa militar propuso aislar a los marxistas de la población civil, merced a los imperativos e instrucciones del Pentágono, por medio de la generosa financiación multilateral, proveniente del Banco Interamericano de Desarrollo, el Programa de Asistencia Mutua norteamericana (*Mutual Aid Program, MAP*), siendo todo esto vitoreado por sus contrapartes de las élites gobernantes y castrenses colombianas, quienes aportaron bastantes ideas y aplicaciones de su propia cosecha, confirmando un corte supremamente desarrollista a este accionar pacificador y bélico (1982, p. 26), si bien una interpretación

ácida del asunto advierte que “la guerra psicológica es violencia organizada y encauzada especialmente hacia la mente humana” (Urueña & Dermer, 2020, p. 133).

El asunto consistió en la conjugación de un andamiaje organizativo de los uniformados con la reorientación conceptual y funcional de sus actividades, ante la incursión de nuevas realidades del control castrense, formadas con el sofocamiento de la subversión y el bandolerismo, ahora con un aspecto más integral que incorporaba la movilidad de unidades para proporcionar servicios asistenciales a comunidades rurales desprotegidas y remotas (Valencia Tovar, 2000, pp. 7-8; Mantilla & Ocampo, 2012, p. 19). De esta forma, la primacía del relato micro coadyuva a comprender las implicaciones del Plan Lazo, sobre todo en la dimensión de la acción cívica militar.

El clamor por adecuar el orden imperante, atravesado por jerarquizaciones de clase que, aunque eran piramidales, verticalizadas y desiguales, no era impedimento para intentar aligerar el lastre regresivo de esta estratificación del poder y de la riqueza en Colombia. El Plan Lazo, en particular, el motor de las ACM, mezclaba parcialmente las cartas de nuevo, para dar un mayor juego a las FF. AA. y a los segmentos más notables de la milicia, las regiones, el régimen latifundista y agroempresarial, los partidos tradicionales, las gerencias corporativas nativas o extranjeras, para que reformularan el funcionamiento de la economía y de las decisiones políticas.

Para que este revestimiento del desarrollismo fuese tan tangible como convincente, se requería la reciprocidad de muchos actores, para gozar de la aprobación, a fin de que las ACM se anclaran en las zonas visitadas y fructíferas, la organización de las comunidades, el esfuerzo de las FF. AA. de combatir a los violentos y de apoyar a la reconstrucción material y espiritual de los campos (Andrade, 2012, pp. 156-157). El talante práctico del Plan Lazo se ajustó a la coherencia militar para oponerse al comunismo internacional en Colombia, mediante la preservación del monopolio estatal de la fuerza con la actualización de la política pública y económica, de acuerdo con los cometidos de la Alianza para el Progreso, aparte de liquidar el sofocamiento de las opresiones de las cuadrillas delictivas rurales, en sincronía

con la represión de la insurgencia politizada (Torres, 2000, p. 135; Nieto, 2004a, p. 19).

Es decir, el Ejército y las restantes FF. AA. se dispondrían a una guerra irregular, en el teatro local de las operaciones que le incumbían, primero en los territorios distantes o muy empobrecidos de Colombia, y segundo, en el ámbito de un aliado de Washington, que revestía la paradoja de poseer un régimen político fijamente afincado en el mundo libre, pero que es vulnerable a los latigazos insurreccionales, debido a su situación espacial, su raquitismo económico y a su violencia crónica, no era un Estado fallido, en particular desde los lentes e intereses de EE. UU., pero sí uno que apremiaba fortificar, pues venía de una espiral sangrienta, más una solvencia socioeconómica todavía muy endeble, y un ordenamiento sociopolítico que no disfrutaba del beneplácito de masas de la población (Nieto, 2004b; Leal, 1992; Matamoros, 2021, pp. 14-15).

Al investigar a fondo la dimensión peculiar de las ACM, se puntualizan varias actividades que implicaron el desempeño de batallones de Ingenieros, quienes pavimentaron la Autopista del Tolima, que unió a este departamento con Valle del Cauca y Huila, delineando una malla de caminos secundarios. Esta tónica se replicó en Caldas, Santanderes y la región Pacífica (Barber & Ronning, 1966; Ardila, 2022, p.23). Consecuente con lo anterior, estos autores analizan los trabajos en sanidad, medicina preventiva, odontología básica y semicompleja y remisiones al avión-hospital de la FAC. también se tendieron fases de acueductos o alcantarillados o potabilización, acorde con la práctica de efectuar visitas que, aunque algo episódicas, enviaban a los médicos a las regiones, para que ejecutaran sus labores. Se levantaron escuelas rurales en las circunscripciones atrás enumeradas, de común acuerdo con esa cartera (Ardila, 2022, p. 24-25).

El Plan Lazo conjugó tácticas de separación de subversivos de los habitantes civiles, aplicando el eslogan del general Ruiz Novoa de “retirar el agua al pez”; más allá de esa analogía, su esencia reposó en que aconsejaba implementar este lineamiento con energía, ya que colocaban laboratorios de inversión y superior desempeño productivo de las zonas deprimidas, recónditas o conflictivas, sin disminuir los propósitos y quehaceres misionales

de las FF. AA., esquivando la interferencia con los organismos estatales. Así pues, este sumario de proyectos acabó volcando a los uniformados adscritos a las instituciones castrenses para que esparcieran su disciplina, adiestramiento, equipamiento, cohesión y saber en labores instantáneas de mejora de la salubridad, refacción o edificación de la planta física, enseñanza, recreación, etc., con las metas de integrarse a los programas desarrollistas gubernamentales, militares y estadounidenses en su conjunto, obteniendo el beneficio inclinado de lavar la imagen del estamento militar y de granjearse el apoyo fiable de los pobladores, sembrando en ellos unos sentimientos de rechazo, recelo, desdén u hostilidad hacia las fuerzas insurrectas o descontentas. Ruiz Novoa fue un líder entusiasta e irrestricto de esta directriz estratégica.

Ruiz Novoa (1965), con el pensamiento tecnocrático del estamento castrense, en relación con su obra y sus discursos, se forjó la inserción de las FF. AA. a las doctrinas de defensa hemisférica y seguridad nacional, por lo que el Plan Lazo es su expresión más terminada, al contenido de aquellos inicios del involucramiento nacional en el pulso entre las dos superpotencias globales del momento. Acorde con esas realidades internacionales, con la posición que se arrogó el Estado colombiano, inmiscuyendo al país ante esa encrucijada mundial y con acatamiento de la máxima de que “no hay desarrollo sin seguridad, ni seguridad sin desarrollo” (Calvo, 1979, p. 85; Cruz, 2019, p. 32), la nueva estrategia militar de atrincheramiento con Washington propiciaba una atmósfera amigable con la indulgente regulación y promoción de los negocios, o más extensamente, como efectiva salvaguardia de la vida, honra, bienes y activos de los contribuyentes, si cabe, de los más acaudalados, lo que deja entrever una elección deliberada, tenaz y sustentada de un sistema socioeconómico predilecto, sin obviar el lugar satelital al que Colombia pertenece en el mapa del mundo capitalista.

A la oportunidad de ese trasfondo funcionaba la lógica de la seguridad. En esa cosmovisión se entendía a esta nación como tornillo de un enlace tan continental como sistémico, anticomunista, eso sí, no autóctono de esta tierra. No obstante, el Plan Lazo aplicó estas directrices semiimportadas con diligencia y alguna originalidad; gracias a él y a sus derroteros sobrevinieron

unos paliativos y logros llamativos, según los índices educativos, sanitarios, infraestructurales o bélicos que se cotejen con las actividades de ese programa.

Las anteriores aseveraciones se comprueban con unos números aleatorios, *verbi gratia*, el rubro de carreteras que atravesaban al Tolima Grande recabó USD 624.000 en una partida de la USAID, más otro de cuantía no revelada que se desembolsó por parte del MAP en 1963-1964 (Malott, 1985, p. 81; Castro, 2016, p. 64). En mayo de ese último año, *El Tiempo* informó que “el Ejército atendió casi 105.000 chequeos médicos y entregó raciones y mercados para 212 millares de personas” (Castro, 2016, p. 65). A su turno, Rouquié (1984) exteriorizó que la intervención militar norteamericana sufragó USD 450 millones entre 1953-1962 y otros USD 488 millones durante el cuatrienio Valencia, lo que incluyó proveer liquidez inmediata, de la cesión de “material excedente o usado” o vendido a crédito de los mismos utensilios, vituallas —pertrechos y armas a bordo, en adición a los repuestos y mantenimiento de aquel arsenal—, maquinarias, carburantes, etc., sin omitir los adiestramientos técnicos, honorarios, viáticos y peritajes de los especialistas estadounidenses, amén de los requerimientos pecuniarios de las ACM (Rouquié, 1984, p. 144; Cruz, 2019, p. 49). Asimismo, Gilhodes (1986) anotó que el pie de fuerza se incrementó en un 60 % entre 1961-1965 (Sánchez & Peñaranda, 1986; Leal, 2002, p. 45).

Conclusiones

El ángulo tecnocrático entrecruzado con la belicosidad contrainsurgente, a su vez incrustada en el pensamiento e idiosincrasia castrenses colombianas a comienzos de los años 1960, fueron la causa dual del empeño del Plan Lazo. Este pilar político e histórico fue inherente al hallazgo de la “identidad corporativa” de las FF. AA. al interiorizar la Doctrina de Seguridad Nacional. De esa manera, se levantaron tales políticas, de orden territorial, financiero e ideológico, aunque relativamente poco durable en el tiempo, ya que esta iniciativa puntual perdió empuje luego de la cesión de funciones de Ruiz Novoa en 1965, pues el ardor de este alto oficial en fomentar las ACM y el crecimiento de la interlocución de la cúpula uniformada ocasionaron resentimientos en otros sectores de las élites políticas.

No obstante, este accidentado final de aquella fase de las ACM encuadradas en el Plan Lazo, su filosofía y estilo de trabajo subsistieron y se integraron en la planificación estratégica de las FF. AA., en cuanto parámetro colateral que se consignó en el *Manual de Seguridad y Defensa*, previendo periodicidades que admitieran reformulaciones intempestivas en esa línea militar.

De paso, las FF. AA. se adentraban en regimenterar la producción, la vida civil y las relaciones sociales en los asentamientos rurales, mientras entendían las tácticas y los entornos espaciales de los rebeldes, para, enseguida, propinarles golpes demoledores, de conformidad con esa estrategia dual. Consiguientemente, las etapas del Plan Lazo se plasmaron de la siguiente manera:

- Preventiva: gestión de las ACM sobre el terreno, congruente con la inteligencia militar y con las tácticas psicológicas, ojalá administradas con acierto, prospectiva y condescendencia hacia los lugareños.
- Represiva: instancia propiamente bélica del asunto de marras, que radica en la búsqueda, ataque, contragolpe, persecución, asedios, afianzamiento de posiciones, movilización de los destacamentos, hasta culminar en los arrestos de cabecillas, auxiliares y militantes rasos, desarticulando sus estructuras, arrebatándoles territorio e incautándoles material y fondos.
- Consolidación: fusiona las dos etapas anteriores, con énfasis en el accionar militarizado, en favor de la consecución de la seguridad bajo la protección estatal expandida centrífugamente, mientras se garantiza el favor o la tolerancia de los pobladores.

Sin embargo, se puede discrepar de esta noción al argumentar que el centro de gravedad estaba en la profundización de la inteligencia, entrelazada con las escaramuzas, cercos y hostigamientos adyacentes, para acorralar a insurgentes, recaudando información neurálgica, fogueando a la tropa y a los delatores o simples parroquianos que aportaran datos o negaran socorro a los antisociales. Este acento enriquecía a los comités coordina-

dores de las ACM, en convergencia con la disposición de sitiar y arremeter contra los reductos o escuadras subversivas itinerantes o estacionadas.

Por ende, esta terna de instrumentos militares permitió incursiones integrales y certeras que desmontaron focos delictivos, paralizando el enrolamiento de combatientes sediciosos de refresco, segregándolos del diario vivir en las zonas intervenidas del Plan Lazo, sin aniquilarlos del todo.

Por último, podría aducirse que las FF. AA. manejan una definición estándar que se desprende de comentarios de una alocución del exministro Alberto Ruiz Novoa, en cuanto cerebro del Plan Lazo y de la cooperación binacional colombo-estadounidense. Este pronunciamiento absorbe la sustancia de este fenómeno desarrollista de la ApP, asociación que reposó sobre una organización entre las dimensiones combativa e incruenta —de ‘poder suave’—, que se adelantaron y se cubrieron para preservar el *statu quo* del Frente Nacional de adscripción de Colombia al mundo libre, es decir, a la esfera de influencia de Washington, por intermedio del Plan Lazo.

Referencias

- Álvaro, E. (2011). *Presencia de los grupos ilegales armados colombianos [GIAC] como factor de inseguridad nacional en el Ecuador* [Trabajo de Grado]. Instituto de Altos Estudios Nacionales, Escuela Ecuatoriana de Gobierno y Administración Pública.
- Andrade Becerra, Ó. D. (2012). Relaciones cívico-militares en Colombia: apuntes para un estado del arte. *Revista Análisis Internacional*, (6), 145-171.
- Ardila Castro, C. A. et al. (2022). *Aporte a la verdad: contexto de la fuerza pública para la memoria histórica*. Ministerio de Defensa Nacional, Universidad Sergio Arboleda., Editorial Planeta Colombiana.
- Barber, F., & Ronning, C. (1966). *Internal Security and Military Power: Counterinsurgency and Civic Action in Latin America*. Ohio State University Press.
- Bermúdez Rossi, G. (1982). *El poder militar en Colombia. De la Colonia al Frente Nacional*. Ediciones Expresión, Editorial América Latina.
- Briscoe, C. (2006). Plan Lazo. Evaluation and Execution. *Veritas*, 2(4).
- Bushnell, D. (1994). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. (trad. de Claudia Montilla). Editorial Planeta Colombiana.
- Calvo, R. (1979). *La doctrina militar de la seguridad nacional. Autoritarismo político y neoliberalismo económico en el Cono Sur*. Universidad Católica Andrés Bello.

- Castro Morales, D. (2016). *Modernización Contrainsurgente: la Acción Cívico Militar en Colombia y sus fuentes intelectuales (1958-71)* [Tesis de grado]. Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.
- Cohen, E. (2002). *A supreme command. Soldiers, statesmen and leadership in wartime*. Simón & Schuster.
- Comando Ejército. (1962). *Plan Lazo. Copia N°43*. Imprenta y Publicaciones de las FF. MM.
- Comando FF. MM (1973). *Aspectos de la guerra psicológica*. Imprenta y Publicaciones de las FF. MM.
- Congreso de la República. (1962). Discurso de posesión del presidente Guillermo León Valencia ante el Congreso. *Anales del Congreso N.º 1880*, (71), 1.º de septiembre, p. 949.
- Cruz Gallardo, J.S. (2019). *Con la voz de los militares: tres debates sobre seguridad y defensa durante el Frente Nacional, 1958-1974* [Tesis de grado]. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales.
- Duffort, P. (2013). Las políticas desarrollistas de Alberto Ruiz Novoa a principios de 1960: ¿Se podría haber evitado medio siglo de guerra? *Estudios de Seguridad y Defensa*, 8 (16), 29-44.
- Egnell, R. (2010). Winning 'hearts and minds'? A critical analysis of counter-insurgency operations in Afganistán, *Civil Wars*, 12(3), 282-303.
- Gallón, G. (1979). *Quince años de estado de sitio en Colombia: 1958-1978*. América Latina
- Gilhodes, P. (1986). El Ejército Nacional de Colombia analiza la violencia, en: Sánchez Gonzalo & Peñaranda, Ricardo (comp.), (1986). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Fondo Editorial Cerec.
- González Ortiz, D. M. (2015). Políticas de desarrollo en el marco de las estrategias contrainsurgentes implementadas en Colombia (1962-2015) [Tesis de maestría]. Universidad de los Andes.
- Hazelton, J. L. (2017). The 'hearts and minds' fallacy: Violence, coercion, and success in Counterinsurgency Warfare. *International Security*, 42(1), 80-113.
- Hylton, F. (2010), Plan Colombia: The Measure of Success. *Brown Journal of World Affairs*, 17(1), 99-115.
- Karakalpakis Trujillo, Y. A. (2014). *Labores de Inteligencia Militar: relación con el Estado Colombiano en un escenario de conflicto interno* [Tesis de grado]. Pontificia Universidad Javeriana.
- Leal, F. (2002). *La Seguridad Nacional a la deriva: del Frente Nacional a la pos Guerra Fría*. Universidad de los Andes, Alfaomega Colombiana S.A.
- Leal, F. (2006). *La inseguridad de la seguridad: Colombia 1958-2005*. Planeta.
- Leal, F. (1992), Surgimiento, auge y crisis de la Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina y Colombia. *Análisis Político*, (15), 6-34.
- Lebret, J. (1958). *Estudio sobre las condiciones de desarrollo en Colombia*. Presidencia de la República, Comité Nacional de Planeación, Misión "Economía y Humanismo".

- Malott, D. (1985). *Military Civic Action in Colombia*. University of Florida.
- Mantilla, A. P., & Yusty Ocampo, W. (2012). *Cultura estratégica en el Ejército Nacional*. Universidad Militar Nueva Granada.
- Matamoros Naranjo, L. V. (2021). *Operaciones cívico-militares del Ejército Nacional de Colombia: Un análisis de la transformación de la presencia del Estado en territorios de conflicto armado* [Tesis de grado]. Universidad Icesi
- Nieto, P. A. (2004a). ¿Subordinación o autonomía? El Ejército Nacional de Colombia, su relación política con el gobierno civil y su configuración en la violencia, 1953-1990, en: *Informe final del concurso: El papel de las Fuerzas Armadas en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas, CLACSO.
- Nieto, P. A. (2004b). *El Plan Lazo y el ataque a la 'república independiente' de Marquetalia: la puesta en marcha de la doctrina contrainsurgente del Ejército de Colombia, 1962-1966*, Academia.edu.
- Rempe, D. M. (2002). *Counterinsurgency in Colombia: A United States National Security Perspective 1958-1966*. University of Miami.
- República de Colombia, Ministerio de Gobierno (1940) Decreto 505. Por el cual se reorganiza la Policía Nacional. DO. 24320.
- Rouquié, A (1984). *El Estado Militar en América Latina*. Siglo Veintiuno Editores.
- Rueda, R. (2000). *De la guardia de las fronteras a la contrainsurgencia: elementos de la evolución política e institucional del Ejército Nacional de Colombia 1958-1965*. Icfes.
- Ruíz Novoa, A. (1965). *El gran desafío*. Tercer Mundo
- Saxe-Fernández, J. (1963). *Proyecciones hemisféricas de la Pax Americana*. Editorial Antares.
- Torres del Río, C. (2000). *Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional*. Editorial Planeta.
- Urueña Sánchez, M., & Dermer Wodnicki, M. (2020). La estrategia contrainsurgente en el conflicto armado colombiano desde el realismo defensivo (1962-1966). *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 15(2), 43-56. <https://doi.org/10.18359/ries.4495>
- Valencia Tovar, Á. (2000). Acción integral, una historia de ayuda y gestión. *Revista FF. MM.*, (198).
- Vargas, A. (2006). *Ensayos sobre Seguridad y Defensa*. Universidad Nacional de Colombia.
- Vega, R. (2014). *La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia Injerencia de los EE. UU., contrainsurgencia y terrorismo de Estado, Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Espacio Crítico.
- Vélez, J. C. (2020). Adaptación a la constante movilidad y progreso de la ciencia bélica. Misiones de EE. UU. para la modernización del Estado colombiano, 1959-1962. *Estudios Políticos* (59), 99-122. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n59a05>